

Otro año especial



Pedro Martín González

Kenshinkan dôjô 2018

Regresamos al dôjô a principios de Septiembre, antes de comenzar las clases del colegio.

En la mochila: un karategi más que limpio. En una mano, las armas; en la otra, los lápices de colores, los cuadernos nuevos; en el corazón: la sola práctica de nuestro Arte Marcial.

A principios del curso abrimos las libretas y, durante los diez meses siguientes, hemos ido llenando, una a una, todas sus páginas.

En ellas, además de escribir, hemos dibujado multitud de cosas.

Comenzamos indagando en la historia del Karate, descubriendo lugares lejanos, rutas imposibles, viajes arriesgados a través del mar y las montañas.

Vinieron, después, las biografías de algunas personas de bien que buscaban en su práctica los mismos principios que nosotros, día a día, perseguimos en el *dôjô*.

Más tarde, los colores fueron ocupando su espacio en los dibujos: animales, paisajes, juegos populares de Okinawa o Japón.

Sí. Aún hoy guardamos las cometas, las carpas, los guerreros, los *tanukis*, los jardines y los templos que hemos coloreado.

Todo esto ocurría mientras aprendíamos esos tres alfabetos: *Hiragana*, *Katakana* y, atrevidamente, algunos *kanji*.

Incluso aplicamos la nemotecnia para identificar sus caracteres.

La retentiva suscitó batallas entre nosotros para descubrir la memoria y la atención.

Después de analizarlo, comprendimos que los exámenes eran contrarios a nuestra naturaleza y que, más allá de ir creciendo en nuestra técnica, por encima del alcance que fueron teniendo nuestros katas, llegamos a interiorizar algo verdaderamente fundamental: queríamos aprender para ser más, no para distinguirnos de los demás.

No, no queríamos exámenes, no apoyábamos ese tipo de aprendizaje que necesita de un premio, de una contrapartida. Aprendemos, solamente, por el placer de hacerlo. Eso es todo.

Durante la semana reservamos un tiempo para contar cuentos, narrar historias, despertar la imaginación. Lo hacemos utilizando el *Kamishibai*. En él aprendemos a leer.

Algunos, los de mayor edad, mejoran su lectura; otros, los más pequeños, se inician en ella, pero todos, en una u otra lengua –porque leemos en español y en inglés– disfrutamos de la fábula, y lo hacemos junto a nuestros padres, madres y

hermanos, porque ése es un momento para reunir a la familia en torno a esta actividad.

En efecto. Han sido muchas las madres, y muchos los padres, que han apoyado la práctica del *Kamishibai*, siendo muchos, también, los que participado en su lectura.

Como cada nuevo año, en el mes de enero, organizamos el *Kagami Biraki* de nuestro *dôjô*.

Este acontecimiento es una tradición que comenzó cuando se abrió nuestra Escuela y desde entonces no ha faltado nunca en el programa de actividades de Kenshinkan.

El día señalado –el segundo fin de semana del mes de enero- abrió con una luz limpia y clara.

El sábado anterior a la celebración de *Kagami Biraki* los adultos fueron a realizar *ôshôji* -limpieza integral de nuestro *dôjô*.

Algunos padres y madres participaron en ese maratón de limpieza y organización que reúne voluntades y predispone el *dôjô* para estar en perfecto estado el gran día.

El domingo, a primera hora de la mañana, fuimos a ver la salida del Sol. Hacía frío, pero ese es un momento especial para nosotros y cada vez somos más los que asistimos a ese espectáculo increíble que es, simplemente, ser testigos de la luz de un nuevo día.

Después, algunos -los más atrevidos- nos reunimos junto a los adultos para meditar en el interior de nuestro *dôjô*.

Es difícil mantener una posición y una actitud de silencio y respeto durante media hora, pero lo intentamos y vamos consiguiendo alargar nuestra concentración.

El desayuno posterior al *zazen* es el momento para escuchar a los mayores y conocer historias de otros *Kagami Biraki*.

Cuando finalizamos, regresamos al *dôjô* para preparar todos esos elementos tan necesarios para que ese día sea una jornada de éxito: *kamidana*, *kadomatsu*, *kakizone*, etc.

Sobre las once de la mañana llega el momento de las demostraciones y para entonces todos estamos ya en nuestro lugar, dispuestos a entregar lo mejor de nosotros mismos.

Este año, una vez más, habíamos preparado un extenso trabajo para exponerlo a nuestras familias y compartir con ellas nuestros progresos, recibiendo, además, nuestros nuevos grados.

Fueron todos momentos muy especiales.

Más tarde, los adultos destaparon sus registros: Karate tradicional, el *koryû* de nuestro *dôjô* -Katori Shinto ryu-, Kobujutsu de Okinawa, Aikidô y Kyudô.

Hubo: *Shôdô*, *Haikus*, *Kamishibai*, *Sanka* y muchas fotografías.

Una vez finalizadas las demostraciones tuvo lugar la ceremonia de *Kagami mochi*.

Comimos pastelitos de arroz, *ôshiruko* y *dorayakis*.

Fue una mañana memorable, como muchas otras que ya habían vivido nuestros padres y hermanos mayores cuando, también ellos, formaban parte activa de nuestra Escuela.

En primavera comenzamos a trabajar Kobujutsu adentrándonos en el estudio de otras armas que no conocíamos: *tonfa* y *nunchaku*, principalmente.

Aún no nos hemos iniciado en los katas de línea pero estamos estudiando los taikyokus y practicándolos con esmero. Son katas indispensables para que la forma correcta vaya tomando cuerpo en nuestro Arte.

Cada arma es un misterio y vamos conociendo más detalles acerca de sus peculiaridades: historia, evolución, escuelas, maestros.

Hemos dedicado un tiempo a dibujar nuestras armas, a detallar sus orígenes, a observar sus variantes y a conocer a los viejos representantes de estas herramientas. Todo ello ha supuesto un viaje de conocimiento muy provechoso.

Conocíamos ya el trabajo con el *bo*, pero el *tonfa* y el *nunchaku* nos han cautivado. Son muy versátiles y con ellos se acortan y agrandan las distancias, las dinámicas y las formas de mover el cuerpo.

En el mes de Mayo nos visitó de nuevo Sugawara Sensei. Lleva haciéndolo desde hace más de veinte años. Este año se ha cumplido el veintidós aniversario de su primera visita a nuestra Escuela.

Como en cada ocasión, preparamos una demostración para el Sensei.

Sugawara Sensei permaneció atento a todas y cada una de las demostraciones que llevaron a cabo los distintos grupos de Karate tradicional que se mantienen en Kenshinkan.

Le explicamos nuestro trabajo, le enseñamos nuestros cuadernos, estuvo con nosotros mientras leíamos *Kamishibai*, nos habló de su experiencia con el *Budô*, de sus viajes por el mundo, de sus alumnos.

Nuestros hermanos y hermanas mayores también han tenido la oportunidad de conocerle, pues muchos de ellos han formado parte del *dôjô* durante años y también han demostrado sus katas delante de él.

La visita de Sugawara Sensei es una fecha imprescindible para todos nosotros y es una suerte poder vivir esas semanas junto al maestro.

Practicamos nuestro Karate, trabajamos Kobujutsu, leemos *Kamishibai*, escribimos en nuestros cuadernos, dibujamos constantemente, aprendemos a cantar la Canción del Karate, descubrimos la escritura japonesa en *Hiragana* y *Katakana*, recorremos el *dôjô* disfrutando de su museo, observamos las caligrafías y miramos de soslayo las herramientas de *hojo undo* que utilizan los mayores.

Valoramos la importancia de la etiqueta y nos alejamos de la competitividad, nos educamos para ser mejores hombres y mujeres el día de mañana, y es por esta razón que cuando nos despedimos del *dôjô* durante los meses del verano no sentimos la necesidad de hacer algo especial porque todo, durante este año, ha vuelto a ser, de nuevo, verdaderamente especial.

Kenshinkan dôjô 2018